

ESTANCIA

Sergio Gaspar



NOVELAS DE POESÍA

GASPAR, Sergio, *Estancia*, Barcelona,
DVD Ediciones, 2009. 64 pp.
ISBN: 978-84-96238-89-3

Javier García Rodríguez
(Universidad de Valladolid, España)

Trece maneras de mirar *Estancia* de Sergio Gaspar

I

Llegar al libro como quien llega al punto de partida para un viaje (el libro es también un no-lugar). Con tiempo suficiente para familiarizarse con lo que está, por definición, desfamiliarizado, con lo que es ajeno, impuesto o impostado: el andén, la sala de espera, los sonidos, las luces, las voces. Una estancia común, que es espacio y es situación. Pero el tren llega tarde. La nieve arrecia, al parecer, lejos de nosotros, pero nos afecta, en un doméstico efecto mariposa. Con tiempo suficiente, llegar al punto de partida para comenzar el viaje, pero no tanto como para enemistarse con el espacio. Las pantallas de información tornan a rojo -comienzan entonces los pellizcos simbólicos- las marcas del destino. La persistencia de la mirada, la conciencia del ojo que proponía Richard Sennet, no consigue dar marcha atrás a los relojes. Pasa un minuto en la estación, pero en la estancia se anuncian retrasos al menos en dos lenguas. Afuera, ahora, también está nevando. Una anciana resbala en la entrada y cae, pero no suelta el bastón y el somero equipaje. El dolor de caer es menor que el temor a la pérdida de lo poco que le queda entre las manos. Su hijo, que se sacude la nieve del abrigo, mira con sobresalto la sonrisa helada de su madre. Le ofrece su mano y aquella la acepta provocando el deshielo.

II

¿Sabemos cuándo vamos a morir? ¿La enfermedad nos ofrece un nivel de conocimiento de lo porvenir, nos garantiza el pronóstico? La muerte solo puede ser contada por metonimias: *Vivimos todo, pero contamos sus fragmentos*. “Hay un

muchacho nuevo acompañando a los rejoneadores: se llama...”, me dice mi padre. Y yo tengo diez años, tal vez menos, y acompaño a los hombres de la familia al rito. La madre queda en casa, atiende sus estancias, las limpia, las ventila. Mirar entre dos tiempos es hacerse huésped de Procusto. Se dislocan los miembros, se extravían las pupilas.

III

Quien teme a la sintaxis le teme a la vida, dice con mejores palabras Antonio Méndez Rubio. Y el poeta también lo acomoda en su estancia: “No llanto. No llora en muerte ojo”. La descripción es siempre el reino de la generalización. Mujer, otro hombre, beso. Locura, muerte, enfermedad. Deseo. Y no poder estar en el deseo. Y no poder desear estar. El dolor se acomoda, la palabra se busca en la tensión de ser y de hacer, la angustia repetida de haber sido el otro siempre, siempre haber llegado tarde (a la vida, a la vagina abierta y sangrante, al baile en la cocina, al hospital, al recuerdo: porque pudiendo ser hijo serás siempre la figura en las horas de visita).

IV

Estar, conversar, describir. También el infinito, medido para ser vendido por piezas. Deseo de la muerte como algo más que un signo de piedad. También somos lo oscuro, lo perverso, los fluidos corporales, el sudor, las heces, el semen, saliva, mocos, orina, fluido menstrual. También somos. La mujer se peina los cabellos blancos y es Narciso sin reconocerse (y su hijo está con ella, siempre está con ella). Porque no hay pasado ni futuro. Porque no existe el tiempo ni existen sus líneas. Deterioro cognitivo=intelección otra / Literatura=falsas memorias.

V

CURIOSIDADES DE LA SANGRE

Nuestro cuerpo debe 1/13 del peso a la sangre,
es decir, 6 litros en una persona de 78 kilos de peso.

El 55% de la sangre es parte líquida;

el resto son partes sólidas, aunque hay una parte gaseosa
(oxígeno, anhídrido carbónico, etcétera).

La sangre circula por los vasos sanguíneos del cuerpo a una velocidad media de dos kilómetros por hora.

Cada año, en el mundo se recogen alrededor de sesenta millones de litros de sangre, lo que equivale a llenar treinta y dos piscinas olímpicas.

Si colocáramos todos los glóbulos rojos del cuerpo unos sobre otros levantaríamos una torre de cincuenta mil kilómetros de altura, y formaríamos una línea tan larga como para dar una vuelta completa a la tierra.

Cada segundo, la médula ósea genera de dos a tres millones de glóbulos rojos.

La misma cantidad muere en ese tiempo.

VI

Nací en la calle Mirlo de Valladolid. Una calle con tapia y con dos lados (las casas molineras, los pequeños edificios de ladrillo marrón), con una fuente en medio. En el barrio de los Pajarillos. Fui niño tras la tapia de mi calle, con unas dianas de esparto donde practicaban tiro al arco Don Antonio y sus amigos. El mirlo es un ave políglota. El mirlo imita los cantos de otros pájaros, incluso el sonido de los aparatos domésticos (están documentados casos de mirlos que imitan cafeteras, despertadores, jingles de la televisión). El mirlo es el poeta de los pájaros. El mirlo tiene un refrán sobre la amistad y la blancura. Los Beatles cantaron su oscuridad: "Blackbird singing in the dead of night / take these broken wings and learn to fly; / all your life, / you were only waiting for this moment to arise". Y Wallace Stevens se convierte en excusa, y el poema se hace lector del poema. Y el día con Stevens es en realidad sólo una tarde y una noche. La tarde es el bosque, la inocencia, el violento rapto de la locura. La noche es el alcohol. No hay intoxicación etí(li)ca.

VII

Trece maneras. Entre la narración y el desquiciamiento. Fuera de quicio. El delirio: caminar fuera del surco. Y el bosque como lugar de todos los cuentos. *Un hombre y su*

deseo (Un hombre y una mujer) / *son uno* (son uno). / *Un hombre y una mujer y un mirlo* (Un hombre y su deseo y un niño) / *son uno* (son uno). El cruel placer de la sinestesia (*los labios cuando miran / o los ojos callados*). La belleza de la serpiente, sus colores acuciando el encuentro, el presentido ataque. No te acerques, muchacho. La palabra te nombra en una frase de hierba. Pero tú no ves el ataque. La serpiente que danza sobre sus pies invisibles, la cinturilla ausente, el vello a las puertas. “Una espuerta de cal ya prevenida”. El deseo imagina, ocupa el pensamiento, lo parasita; las luces y las sombras en un yo persistente. El sádico placer de la belleza inmóvil. Dice WS: “¿Existe una imaginación que entronizada reúna / tan inexorable como benevolente, lo justo / y lo injusto (...)”.

VIII

“Las historias duran más tiempo que los hombres, las piedras más que las historias, las estrellas más que las piedras. Pero aun las noches de nuestras estrellas están contadas y con ellas pasará esta misma historia a una tierra por largo tiempo muerta. (John Barth, *Quimera*).

IX

Heidegger: *Estancias*. Donde ‘ética’ significa “estancia, lugar donde se mora”. También está en Heráclito: “Su carácter es para el hombre su demonio”.

X

Titulé en una ocasión un poema “Los amores tranquilos”. Pero ahora voy en el tren leyendo “Enunciado” y trato de evitar que mi vecina de asiento note la erección, una erección como la que trata de recuperar Javier, mi tocayo en el relato. Es insistente en su conversación a pesar de mis monosílabos. Ha sonado un móvil con el politono de “Los pajaritos” de María Jesús y su acordeón. Contesta su dueña. Mi vecina me informa al oído y con alborozo (en un evidente oxímoron sensorial): “La que ha contestado es María Jesús; y ahí tiene el acordeón”. Yo levanto la vista y la bajo inmediatamente, *in medias res*, como comienza el relato. El acordeón es un fetiche, las teclas se adornan con su blanco y negro sincopado, el recuerdo es ahora una discoteca en un pueblo, allá por mil novecientos ochenta y uno. Javier escribe su guión sadomasoquista, un manual de uso privado para crear ficciones y salir de los amores tranquilos. Mónica pone las condiciones.

Su misión es la sumisión. El animalismo. Pero Javier no lo imagina, no puede juzgar porque siempre se ha mantenido dentro de los límites, siempre deja algo en el plato, por disciplina, siempre ha vivido lejos de tentaciones mayores y menores, no bebió siquiera para celebrar su boda, el éxito en su oposición, no se emborrachó cuando murió su padre, siempre ha preferido huir de los excesos.

XI

“Le concedía un nombre y una edad”.

XII

Tags: Muerte, madre, locura, muerte, enfermedad, violación, masoquismo, placer, matrimonio, fuerza, sexo, muerte, ficciones del yo.

XIII

EL SÓTANO

Allá donde se esconde lo que no
puedes decirle a nadie, donde ondea
por todos los rincones la verdad
que sólo anida en ti cuando estás solo
y para la vergüenza no hay rincón.
Donde los más sucios deseos limpian
tu espíritu, donde no hay tentaciones
-brutales, pornográficas, ridículas-
prohibidas. Si alguien se atreviese a entrar,
si tú abrieras la puerta y te mostraras
como eres en el sótano, quien eres
fuera de aquí sería destruido.

(Juan Bonilla, *El Belvedere*)